

"Había una vez el va y el ven, el va y ven, el vaivén, de un arrorró mi niño, arrorró mi sol, arrorró pedazo de mi corazón. Duerme, duerme negrito, que tu mamá está en el campo, trabajando, duramente trabajando. Ay que viene el coco a comerse a los niños que duermen poco. Noni noni noni, mm, mm, mm, scht, scht, scht...

Un día el arrorró mi niño hizo tortita de manteca, para mamá que le da la teta, tortita de cebada, para papá que no le da nada. Y entonces, este cazó un pajarito, este lo desplumó y este pícaro se lo comió.

Y siempre el tilín tilín, el chas, el broom, el guau, el pio, el cocó, el tolón, el ¿QUÉ?... Eto, eto, icá tú! Y entonces vino un gato que tenía calzón de trapo y la cabeza al revés, ¿Querés que te lo cuente otra vez? No me digas sí porque los zapatitos me aprietan, las medias me dan calor, y aquel mocito de enfrente me tiene loca de amor. No me digas no porque a Juancito de Juan Moreyra hay que darle la escupidera, que anoche comió una pera y le vino una cursiadera. Todo porque Cenicienta quería ir al baile del príncipe y la madrastra no la dejaba. Mientras tanto, Blancanieves vivía en el bosque con sus siete enanos.

Y siempre, el chunga chunga, el crak, el ring, el blablablá. Y diostesalveMaría... ElfrutodetuvientreJesús. (¿Qué es tesalve? ¿Qué es tuvientreJesús?)

Y entonces, un día, ALA, A-LA, A-L A, A-LA, ALA.

Alas para la gallina turuleca que sentada en el verde limón, con el pico cortaba la rama, con la rama cortaba la flor. Pero cuando los cinco patitos se fueron a bañar, escucharon: febo asoma, sordos ruidos oír se dejan tras los muros del histórico convento (¿Qué ruidos hacen los sordos detrás de los muros?) Bum burumbum, pam papam. Bum burumbúm, pam papám, viene la murga. Yo por vos me rompo todo, y te vengo a saludar, y a decirte que el gobierno, de hambre nos va a matar. Bum burumbúm, pam papám. Mamá eu quero, mamá eu quero mamá

-¿Qué gusto tiene la sal? preguntó Hansel a Gretel con la boca llena de casita de chocolate.

-¡Salado! -contestó Pinocho mientras se tiraba al mar desde la boca de la ballena, llevándose a Gepetto al hombro.

La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa? los suspiros se escapan de su boca de fresa.

-Este año, sin regalos, no va a parecernos que estamos en Navidad -dijo Jo con disgusto.

A mí no me parece justo que algunas tengan tantas cosas bonitas mientras que otras no tienen nada -añadió Amy.

-Tenemos a mamá, a papá y nos tenemos las unas a las otras -dijo Beth.

¡Esta familia es una cooperativa! -comentó Mafalda, mientras Susanita declaraba que las casas tienen que ser como la del hornero, que tiene sala y tiene alcoba, y aunque en ella no hay escoba, limpia está con todo esmero. Pero: Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis. Todo de angaú nomás. Por eso Malena tiene pena de bandoneón: todos los viernes el amado se le convierte en lobizón. Se no é vero, é ben trovato.

Y así fue como la luna vino a la fragua con su polizón de nardos. Los flamencos bailaban y bailaban con sus medias coloradas, blancas y negras. Y despertaron a Alicia que venía del país de las maravillas, y allí estaba Batman, esperándola.

Bésame -cantó-. Bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez. Se callaron las luces, se encendieron los grillos, y una música los abrazó. Era Lisa Simpson en un solo de saxo.

Y colorín colorado, seguramente este cuento no se ha terminado."

Laura Devetach, "La construcción del camino lector"

"Mi mamá dice que pare un poco de practicar la lectura delante del espejo y que vuelva al piano. Pero a mí me gusta leer, más que nada en el mundo. Y practico y practico hasta que me sale perfecto: con los pies en ángulo recto, la columna erecta alzando los ojos cuatro palabras antes de llegar al punto.

Cuando llega una visita al grado, la Señorita me llama a leer en voz alta, porque soy la mejor. Yo quiero leer "Chaveche", pero ella dice que mejor lea "El ahorro" o "Flores para la maestra".

Llevo a la escuela *Colmillo Blanco*, para terminarlo en el recreo de la leche. Pero la Señorita me dice que ese libro no se puede llevar a la escuela porque es de diversión. Y que lo que sí puedo llevar son fábulas, que dejan mucha enseñanza.

"¿Y cómo si mi papá lo tiene en la biblioteca de su grado a *Colmillo Blanco*?", pregunto yo.

La señorita se queda un rato callada y después dice: "Con varones de sexto es otro cantar".

En la escuela hay una biblioteca grandísima y llena de libros. Nosotros nunca vamos para no deseordenarla y que siempre esté prolija. Solamente cuando nos portamos mal vamos, porque en la biblioteca está el esqueleto que se llama Benito y el cuerpo humano que no sé cómo se llama, pero que si querés le podés sacar los sesos, el hígado, el corazón y otras cosas de las que tienen sangre.

Llegan corriendo a avisar que está por venir la Inspectora. Y dos chicas, de la impresión, se hacen caca. A nosotros nos mandan ligero a la Biblioteca, para que cuando llegue la Inspectora nos encuentre leyendo.

Yo nunca había visto la Biblioteca con las persianas abiertas. ¡Hay muchísimos libros! Y todos los regaló un señor que se murió y que quería que los niños argentinos leyeran! Benefactor Casco se llama el señor, pero no era pariente de Oscar Casco, el de las novelas de la radio, como preguntó Gennaro.

Para que la Inspectora diga "¡Cuánto leen estos chicos" a cada uno nos ponen un libro gordo en las manos, y nos dicen que nos quedemos así hasta que llegue la Inspectora. A mí me tocó uno buenísimo, lleno de fotos y de láminas brillantes, que se llama *Las enfermedades infecciosas*. Como al final la Inspectora no viene, yo me lo leo bastante al libro.

Lástima que ahora me tengo que ir a confesar, porque me volvieron los malos pensamientos.

A Rodríguez le tocó uno de la vida de las arañas, que seguro deja mucha enseñanza. La pena es que no tiene dibujos y que está en inglés. (Ella se avivó de que es de arañas porque espiando por debajo del forro vio un dibujo de araña.)

Mi papá me trae a casa *Los caballeros del Rey Arturo* (a él le encanta el Rey Arturo), *El último de los mohicanos* y *El prisionero de Zenda*, todos forraditos y con etiqueta "¿De dónde los sacaste?", pregunto yo. "De la Biblioteca de la escuela", se ríe mi papá. "Son para devolver..."

¡En la Biblioteca de la escuela hay un montón de libros de diversión, pero están en los estantes de arriba para que los chicos no se enteren!

Mi papá, que es alto, los agarra. ¡Y se los da a los chicos del grado de él, que los leen en la hora de clase y hasta se los llevan prestados a la casa!

Mi papá quiere abrir la Biblioteca para los chicos de todos los grados y también para las personas que pasan por la calle.

Pero a él no lo dejan hacer eso ni ninguna otra cosa porque él es contrera de Perón.

Mi papá dice que le diga a mi Señorita que los libros de diversión también dejan mucha enseñanza. Pero yo no le digo eso ni la otra cosa que me mandó que le diga, para tener la fiesta en paz.

Graciela Cabal, *Secretos de familia*

“La relación entre las marcas gráficas y el lenguaje es, en sus inicios, una relación mágica que pone en juego una tríada: un intérprete, un niño y un conjunto de marcas. El intérprete (que, en sentido estricto habría que llamar “interpretante” por razones imposibles de desarrollar aquí) informa al niño, al efectuar ese acto aparentemente banal que llamamos “un acto de lectura”, que esas marcas tienen poderes especiales: con sólo mirarlas se produce lenguaje. ¿Qué hay en esas marcas para que el ojo incite a la boca a producir lenguaje? Ciertamente, un lenguaje peculiar, bien diferente de la comunicación cara a cara. El que lee no mira al otro, su destinatario, sino a la página. El que lee parece hablar para otro allí presente, pero lo que dice no es su propia palabra, sino la palabra de un “Otro” que puede desdoblarse en muchos “Otros”, salidos de no se sabe dónde, escondidos también detrás de las marcas. El lector es, de hecho, un actor: presta su voz para que el texto se re-presente (en el sentido etimológico de “volver a presentarse”). El lector habla pero no es él quien habla; el lector dice, pero lo dicho no es su propio decir sino el de fantasmas que se realizan a través de su boca.

La lectura es un gran escenario donde es preciso descubrir quiénes son los actores, los *metteurs en scène* y los autores. (sin olvidar a los traductores porque, en gran medida, la lectura es presentación de otra lengua, semejante pero diferente de la lengua cotidiana)

Parte de la magia consiste en que el mismo texto (o sea las mismas palabras, en el mismo orden), vuelven a re-presentarse una y otra vez, delante de las mismas marcas. ¿Qué hay en esas marcas que permite no solamente provocar lenguaje, sino producir el *mismo* texto oral, una y otra vez? La fascinación de los niños por la lectura y relectura del mismo cuento tiene que ver con este descubrimiento fundamental: la escritura fija la lengua, la controla de tal manera que las palabras no se dispersen, no se desvanezcan ni se sustituyan unas a otras. Las mismas palabras, una y otra vez. Gran parte del misterio reside en esta posibilidad de repetición, de reiteración, de re-presentación.

Hay niños que ingresan a la lengua escrita a través de la magia (una magia cognitivamente desafiante) y niños que entran a la lengua escrita a través de un entrenamiento consistente en “habilidades básicas”. En general, los primeros se convierten en lectores: los otros tienen un destino incierto.”

Emilia Ferreiro, *Pasado y presente de los verbos leer y escribir*

(...) Ahora bien, la lectura puede ser, justamente, en todas las edades, un camino privilegiado para construirse uno mismo, para pensarse, para darle un sentido a la propia experiencia, un sentido a la propia vida, para darle voz a su sufrimiento, forma a los deseos, a los sueños propios. (...) En las ciudades, al igual que en el campo, no siempre hay alguien a quien confiar sus penas, sus angustias, sus esperanzas. Las palabras para formularlas pueden faltar, y el pudor puede amordazarlo a uno. Entonces, cuando se está a solas con un libro, a veces se da uno cuenta, por decirlo como el poeta belga Norge, de que “por suerte somos muchos los que estamos solos en el mundo”. Y en la literatura en particular, nos encontramos las palabras de hombres y mujeres que permiten a veces que se exprese lo más íntimo que hay en nosotros, que hacen surgir a la luz del día a aquel, o aquella, que no sabíamos todavía que éramos. Palabras, imágenes, en las que encontramos un lugar para nosotros, que nos dan acogida, que dibujan nuestros rasgos. Palabras que hacen pensar (...) Textos que revelan al que lee, en el sentido en que se dice “revelar” una foto, que sacan a la luz lo que, hasta ese momento, se encontraba sellado y no podía decirse.

M. Petit: *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura.*

"El edificio que estoy haciendo es más alto que una manada de dragones, uno sobre otro", dice Emilio a los tres años, mientras construye una torre con cubos. ¿Habla para sí mismo o para mí, que estoy acompañándolo? Mis alumnas de pedagogía podrían decir que hablar, a esa edad, es una forma de acompañar la acción con el lenguaje, de interiorizarla, de pensar. Estamos ante el binomio clásico (lenguaje/pensamiento). ¿Hablar es ir pensando? ¿Pensar es ir hablando?

Más allá de enfrascarnos en estas preguntas, de las que no sólo se ha ocupado la pedagogía sino otras disciplinas como la epistemología y las ciencias del lenguaje, quiero detenerme sobre el enunciado de Emilio: "*Edificio/ más alto que/ una manada de dragones/ uno sobre otro*". Observen lo que hay en esa frase: el niño tiene el proyecto de hacer un edificio. (No se limita a apilar cubos, sino que pretende construir algo diferente: un "como si", un edificio similar a los que ha visto por la calle). Fíjense, además, en la unidad de medición, *más alto que*, y en la referencia de comparación: *una manada*, lo cual demuestra que no sólo maneja conceptos matemáticos (más alto / manada: conjunto de elementos) sino semánticos, (manada: sustantivo colectivo). Pero hay otro ingrediente: el hecho de vincular manada con esos animales enormes y fantásticos que no existen en su mundo concreto y el hecho de poner muchos dragones, *uno sobre otro*, nos da una idea de la magnitud de su fabulosa empresa. No traje fotos para no decepcionarlos. Como ustedes supondrán, la torre se cayó unos segundos después de pronunciada la frase y era tan pequeña y tan efímera como las que hacen los niños de tres años.

Emilio, que hoy tiene 17, ya no se acuerda de la torre ni de la frase que sobrevivió apuntada en un cuaderno. Ahora lee a Hermann Hesse, hace ejercicios de trigonometría y comienza a elegir una profesión. Sin embargo, de la frase podemos inferir que, junto con su torre, Emilio estaba construyendo las bases para emprender proyectos ambiciosos a lo largo de su vida. Si más tarde decide hacer rascacielos, si se inclina por la investigación, por la carpintería o por las artes, los mundos posibles que construya tienen ancestros en esa y en tantas frases que decía mientras jugaba. En otras palabras, las piezas esenciales para armar su casa imaginaria, las recogió desde su infancia. ¿Dónde las encontró y quiénes se los entregaron? Seguramente, además de cubos de madera, su pensamiento y su imaginación fueron alimentados, y no sólo con un par de cuentos de dragones. En las frases de los niños podemos ver, como en la gota de sangre analizada en un laboratorio, la riqueza o la pobreza de su nutrición emocional y cognitiva.

(...)

Al lado de estas "bases", llamémoslas "académicas" [la alfabetización que reciben los alumnos en la escuela], hay otras igualmente importantes que hacen parte de su capital simbólico y que también les entregamos —o no— en los primeros años. La posibilidad de ir en busca de lo que no saben es la que ofrecen la lectura y la escritura y la que justifica fomentarlas en la primera infancia, pero no como algo "bonito" o como una nueva religión, sino como un derecho fundamental: el derecho a aprender, en igualdad de condiciones.

Esas mentes que recurren a categorías invisibles para operar con la realidad y aventurar sentidos, siempre fluctuantes, son las que educamos desde la primera infancia. Lo que ofrece la lectura a los pequeños, más allá de un método o un hábito, es el pasaporte para iniciar un recorrido y para aprender lo que requerirán a lo largo de su vida. En este mundo que se desactualiza todos días con la velocidad con la que se vuelve obsoleto el último teléfono, ¿cómo saber qué tomarán de lo que han recibido y qué necesitarán para habitar los mundos que los esperan?

Quizás en esa incertidumbre que también le entregamos con la experiencia de leer, (en tanto que leer es, sobre todo, acumular preguntas y abrir el abanico de las posibilidades) le otorgamos facultad para elegir, para explorar opciones, para formar el juicio y el criterio, para lidiar con las pesadillas y los sueños y para inventar la propia historia en ese territorio donde confluyen las historias de todos nosotros, los humanos. En ese gran texto, escrito a tantas voces, que activa la imaginación y que le permite moverse libremente y llegar a lugares insospechados, se erigen el reino del aprendizaje —que tanta imaginación requiere— y el reino de la posibilidad. Y serán ellos quienes construyan, con los materiales que ahora les damos, su propia *posibilidad*.

Quiero recalcar que esas operaciones mentales no se dan por generación espontánea sino que son "entregadas" por los padres y los maestros y que tampoco dependen de un potencial individual innato y misterioso, sino de una rica experiencia de comunicación que se puede ofrecer a todos los niños y que, durante la primera infancia, resulta sencilla de "enseñar". (El costo de no hacerlo es demasiado alto y ya existe evidencia suficiente sobre la incidencia de los problemas de lectura en las dificultades académicas y en los índices de repitencia y deserción escolar de nuestros niños).

Lo que nos dicen las pruebas de lectura, desde la escuela primaria hasta la universidad, no es que nuestros alumnos no sepan decodificar signos —pues, tarde o temprano, aprenden a unir letras—, sino que no logran relacionar las letras que juntan con lo que piensan, sienten o hacen, ni con lo que piensan los otros. Los problemas para establecer un diálogo con esas *lógicas* y con esos *mundos* que existen en el lenguaje, para operar con sus contenidos invisibles y encontrarles sentido, nos siguen mostrando que el énfasis recae sobre la minucia decodificadora y no sobre los procesos interpretativos.

Entregarles a todos la posesión de ese código que se combina de maneras impredecibles e infinitas para acceder a los mensajes y a la experiencia humana escrita en cifra, no es simplemente un acto poético sino un imperativo ético y político que afectará el resto de sus vidas. Lo que hoy sabemos sobre lo que se construye en la primera infancia; lo que hemos aprendido y compartido en este seminario tiene que transformar la educación de los más pequeños —y quiero subrayar— de todos los pequeños; no sólo de una minoría.

Yolanda Reyes. *Los cimientos de la casa imaginaria: poética y política en la primera infancia* (2009)